



Willie Cole. USA From Water to Light
2013 instalación.

LA INFRANQUEABLE IDENTIDAD PERSONAL

The unenterable personal identity

*José Luis del Barco Collazo**

*Doctor en Filosofía; profesor titular de Filosofía Moral, Facultad de Filosofía y Letras; Grupo de Investigación sobre el idealismo alemán
Universidad de Málaga-Santander. jldelbarco@uma.es.

•Una sensación de desasosiego afecta la conciencia social. En nuestro tiempo, fronterizo entre dos siglos, motejado de banal, insustancial y baldío, al que Robert Musil llama “inanimado desierto”, todo parece desmoronarse. Lo sólido se evapora, lo estable se hace mudable, se vuelve inseguro lo firme. Nada soporta la arremetida de la marea disolvente y apenas queda en pie un puñado de certezas. El término empleado para nombrar la manía desintegradora es “deconstrucción”. El inelegante barbarismo, como vicio del lenguaje, lo define la Academia Española de la Lengua, se ha convertido en el lema de una nueva propaganda. Su mensaje es demoler lo construido hasta ahora y reconstruirlo sobre bases nuevas. Instituciones, organizaciones, formas de gobierno, estructuras económicas y principios morales han de hacerse añicos y saltar por el aire. El hombre será también, como el fabricado en una retorta en el Fausto de Goethe, un objeto de diseño de la ingeniería social. El plan de 'recreación' humana consiste en la abolición de las barreras naturales. No hay naturaleza que no quepa traspasar. Toda se fundirá y refundirá en moldes nuevos, como el herrero el metal, la ingeniería deconstructiva. El primero en sufrir la invectiva es el cuerpo humano. Se ha rebajado a la condición de armazón auxiliar que se puede rehacer con la ayuda de las prótesis; ha dejado de ser el escenario donde se representa la epopeya de un ser personal; se ha olvidado que es posada terrenal de una persona, se ha omitido que a otra le correspondería otro, y se pretende recomponer según las directrices del mito enloquecido de la eterna juventud. Tras el escenario y la posada, parece cerca la hora del protagonista y el inquilino. La ideología deconstructiva, nostálgica de utopías de mundos felices, postula el desvarío de fabricar a capricho al ser humano. Cree, como Nozick, que el supermercado genético abastece de las piezas para producir hombres a la carta. La excéntrica fantasía conjetura que la entraña de cada quien, la persona irreplicable que es cada uno, podrá elaborarse a voluntad. Es susceptible, como cualquier maquinaria, de montar y desmontar.

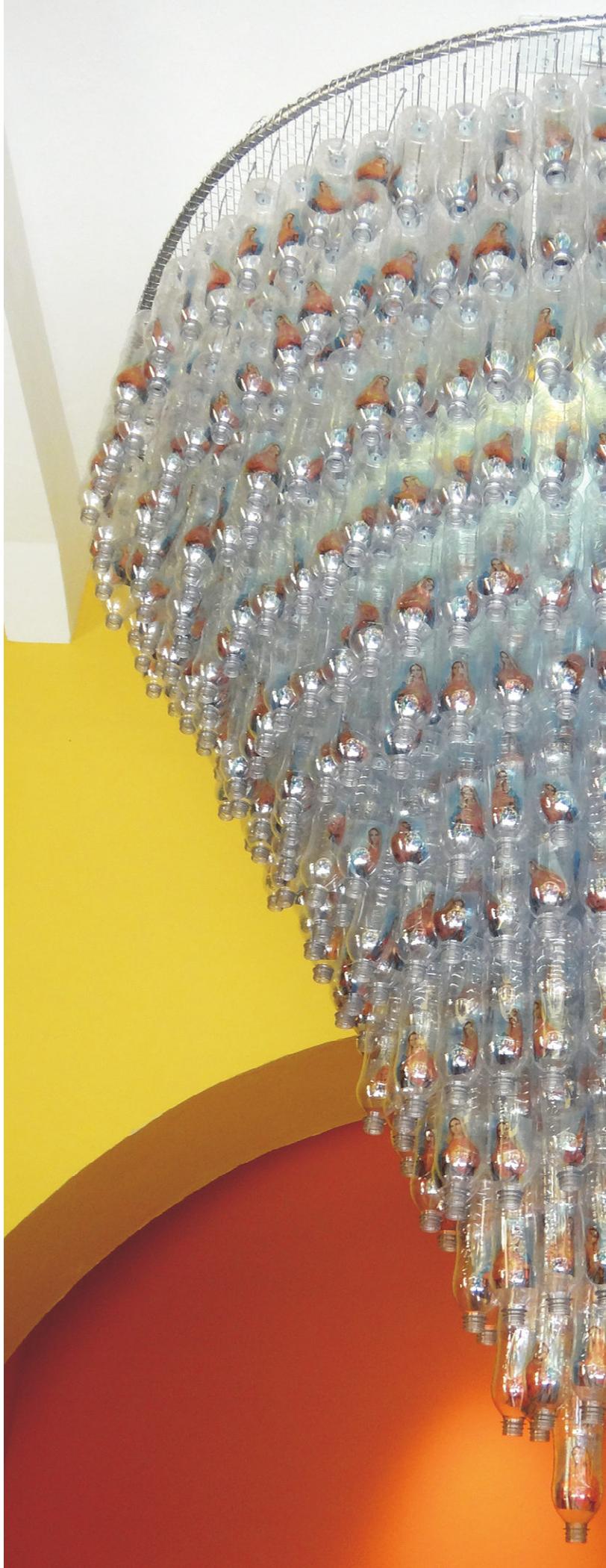
•Ese designio parte de una visión analítica del hombre. Lo tiene por un enigma que resuelve el análisis. Analizar significa descomponer, separar, dividir, discriminar. El promotor de ese método de conocimiento es Renato Descartes. El francés considera que lo oscuro se torna claro descomponiéndolo. Una idea confusa es un agregado borroso o un compuesto indistinto. Cuando la descomponemos, se vuelve clara y distinta. El análisis solventa la confusión de la idea segregando con paciencia cada una de sus notas. Llegados al final, alcanzamos la evidencia: la idea no oculta nada, aparece sin reservas, se pretenda sin disfraz a la mirada. La ciencia moderna ha procedido así, porque el universo se puede entender analíticamente. Cabe considerarlo por partes sin ningún perjuicio. Cada chispa de verdad que se arranca a su misterio es una conquista del conocimiento. Otras zonas oscuras de su intrincada relojería seguirán espoleando el afán de saber; otros descubrimientos irán reduciendo la vasta extensión de nuestra ignorancia, pero el conocimiento por partes no atenta contra el conjunto ni traiciona su verdad. Los admirables logros de la mecánica racional dan testimonio de la eficacia de esa metodología. Maquinarias y mecanismo lo dan, asimismo, más claramente aún. Una máquina, hecha de partes, montada acoplando partes, permite fijarse en unas y omitir otras sin menoscabo de su estructura completa. Un automóvil con el motor encendido

no arrancará, aunque aceleremos, si está en punto muerto. Lo impide la independencia de sus piezas. Cuando se coordinan e interconectan, unas engranan en otras y el automóvil se pone en marcha. El método analítico se aviene con el ser de la máquina. Los éxitos alcanzados por la tecnología han hecho que se le otorgue el petulante título de método universal. Dondequiera que se aplique, además de conocimiento, proporcionará el *passer-par-tout* o la llave maestra para rehacer las cosas como convenga. Todas consisten en un laberíntico agregado de partes y el análisis permite separarlas y ensamblarlas a voluntad. Se augura una nueva era en la que los hombres deconstruirán saltándose los límites de la naturaleza.

- La naturaleza humana, el ámbito venerable que la mano del hombre no había osado profanar, queda incluida en el proyecto. El hombre es, como el átomo o la estrella, un agregado de partes que se deben estudiar por separado para resolver el enigma de su ser. Llegaremos a conocerlo a fondo descomponiéndolo, disociando sus piezas y analizándolas una por una. Su misterio quedará resuelto para siempre cuando hayamos llegado al final y analizado las últimas. La insondable pregunta “quién es el hombre”, se responde desmontando los elementos que lo componen. La complejidad humana se resuelve separando sus componentes.

Esa pretensión, además de desmesura, vicio epistemológico, abuso del análisis y ceguera, incurre en este olvido: no todas las realidades se pueden considerar por partes sin afectar a su integridad. El dinamismo de algunas no se consigue acoplando unas con otras. Todas están relacionadas estrechamente, tienen que ver entre sí, como las lenguas hermanas con la lengua madre, y el aislamiento de una sola las falsea y desvirtúa. Cuando todos los elementos son relevantes, separar uno solo conforma una situación distinta de la total, que es la verdadera. Así ocurre en los seres vivos. En un organismo está conectado todo. No tiene factores que no sean pertinentes o se puedan desdeñar.

La insuficiencia del método analítico resalta de modo aún más claro en el hombre. Es un ser unitario e indiviso y su verdad no es la de un



mosaico u otro cualquiera montaje artificial. El ser humano es la realidad coherente por antonomasia. Se encuentra, como señala Goethe, entre el ángel y la bestia, puede elevarse a alturas generosas o enfangarse en la ciénaga del egoísmo, inmolarse por el bien o perpetrar barbaries, ser frugal como un trapense o atiborrarse de goces, pero sus cualidades, las altas y las bajas, son manifestaciones de su ser manantial. Todas manan de la misma fuente. Tanto las fronteras con el espíritu, como las limítrofes con el cuerpo, forman una hermandad indisoluble. El hombre es un sistema en el que todo está enlazado. Es intimidad, no composición, y su unidad interna no se hace y deshace como los puzzles. La unidad humana es más que la suma de sus partes y se pierde cuando se entiende como mero aglomerado. No la alcanzaremos por adición de partes ni la reconstruiremos después del análisis. El hombre es desde dentro, lo alborotan sentimientos, esquivos a la navaja del método analítico, goza de interioridad. Se ha de considerar de otra manera para no falsearlo. Su verdad es coherente y se alcanza respetando su complejidad. Su puesto en el mundo, la esfinge inescrutable de su existencia, su condición personal, se hurtan sin remedio cuando se posterga su integridad. Una consecuencia de la indivisible naturaleza humana es que la antropología no se puede plantear analíticamente. El análisis pierde la radical unidad del hombre y ofrece una imagen infiel de su ser.

• Su mismo cuerpo es un sistema coherente que hay que tratar unitariamente para no omitir su singularidad. El bipedismo, primordial carácter morfológico del ser humano, no se entiende bien aisladamente. El abultamiento craneal, la mandíbula empequeñecida, la dentadura sin diastema, la mano liberada y los pies dispuestos para la posición vertical están relacionados con él. La correlación de factores de la posición erguida obliga a invocarlos todos para comprenderla a satisfacción. El paso inaudito del cuadrúpedo al bípedo entraña esta decisiva diferencia funcional: un par de extremidades quedan liberadas de la tarea de andar. Reclamadas por el bipedismo, como tajante orden suya, surgen las manos, el órgano politécnico o instrumento de los instrumentos capaz de amenazar, acariciar, pedir, dar o arrancar al violín notas inauditas. Ambos son correlativos y

también lo son las manos y la cara. El hombre tiene rostro, ese espejo del semblante, porque tiene manos. Los cuadrúpedos se inclinan, andan a gatas, miran abajo en vez de a lo alto, tienen patas y hocico en vez de manos y rostro. Rostro y manos constituyen un orden sistémico, están concernidos y se reclaman recíprocamente. Ni aquél es posible sin éstas ni éstas sin aquél. Las manos son simbólicas y el rostro expresivo. Expresividad y simbolismo son elementos en mutua relación. El gesto de la cara se inmoviliza, adquiere el aspecto de un rictus rígido, si no cumple su función expresiva. La figura ridícula que resulta de ello es el tema inagotable de la caricatura. El aire del rostro expresa lo que las manos simbolizan. La mano alzada, el saludo de los nómadas, los hombres sin techo fijo que se avistan a distancia, significa ausencia de armas y renuncia a atacar, y el rostro refleja el ánimo amistoso componiendo un gesto amable. El apretón de manos, el saludo de cerca del hombre de ciudad, significa actitud amistosa y se trasluce en el rostro esbozando una sonrisa. Las manos y el rostro en estrecha unión cumplen una función suprabiológica. Tienen un papel decisivo en la conducta, como muestra el saludo, un símbolo de paz, y cooperan en el gobierno de la vida y en la recta dirección de la acción. Se alzan por encima de la biología para ponerse al servicio de un fin superior. Son plurifuncionales y manifiestan tenues destellos de espíritu.

- El lenguaje articula también un sinfín de factores. Los elementales son físicos y anatómicos. El primero de todos es el sonido, la cualidad de las cosas naturales que se produce por choques, golpes u otras situaciones en un medio adecuado para transmitirlo. Es prebiológico, no exclusivo del hombre, pues lo producen también los cuerpos sólidos. El segundo elemento es la audición. Es preciso oír para poder hablar, poseer facultades cognoscitivas sensibles que permitan percibir los sonidos. El tercer requisito es la reunión de los dos anteriores en un mismo ser. Hablar exige la doble capacidad de oír sonidos y emitirlos. Eso es la voz o sonido significativo, cuya emisión requiere la coordinación del grupo de órganos que componen el aparato fonador: pulmones, tráquea, laringe o glotis. La cuarta condición elemental del lenguaje es la articulación. La voz no basta para hablar. Es preciso añadirle cierto ritmo o cadencia para unir unas con otras. *Dialektón*, dialecto, llamaron los griegos a la unión encadenada de voces. El dialecto es más que la voz. Ésta expresa pasiones elementales de atracción, repulsión, alarma, miedo, etc. Aquél permite la asombrosa riqueza de significados sin la que no hay lenguaje. Sonido, audición, voz y dialecto son solo condiciones corpóreas del lenguaje. Todas están vinculadas entre sí y con determinados órganos -lengua, dientes o labios- formando un sistema en que todo es relevante y del que nada se puede excluir. Si la lengua no interviene, solo se emiten sonidos guturales; sin dientes, no es posible articular sonidos mudos; y sin labios, no se emitirían más que resoplidos. Los labios, con una forma especial proferir sonidos articulados, son posibles por la descarga muscular de la cara, gracias a la cual se da la sonrisa, y ocurre cuando el animal es bípedo. Asombrosamente hay relación sistémica entre hablar y tener manos.

Este admirable concierto de elementos corporales no es suficiente para que haya lenguaje. Es su condición, su asiento material, pero está incompleto. Se encuentra a la espera de recibir el elemento que aporta el espíritu. La palabra, “el más peligroso de los bienes” la llama Hölderlin, no aparecería ni podría ser ganada



Khalil Rabah. PSE-ISR (1961) Another Geography
2009-14. Mapas

gozosamente, como hace el poeta a juicio de Rilke, si no llenáramos el signo de significado. La aparición del significado anuncia la presencia del pensamiento en el circuito del lenguaje. Los factores corporales se abren hacia arriba para enlazar con los espirituales. Signo y significado son los lugares lingüísticos respectivos de unos y de otros. El signo es material; el significado, ideal, mental, racional, intelectual o espiritual. Aquél exige una inaudita coordinación de factores; éste es fruto del pensamiento, la capacidad de abrirse a todas las cosas para aprehender su misterio y su verdad, y los dos se han de unir para hablar. Signo y significado tienen distinto origen, pero el lenguaje no existiría si se prescindiera de cualquiera de los dos. Hablar es un prodigioso fenómeno sistémico y un privilegio de las personas, que son seres locuentes, merecen la palabra, el don con el que dialogan, manifiestan lo que piensan o sienten y sacan al mundo de su mutismo. El lenguaje revela que la naturaleza humana es una profunda realidad sistémica que no cabe entender analíticamente ni es posible construir o deconstruir.

•Bipedismo, manos, rostro, sonrisa, lenguaje, pensamiento. En el hombre se concierta de modo asombroso lo hegemónico y lo subordinado. Entender quién es obliga a concentrar la atención en lo uno y en lo otro para no excluir nada y ponerlo todo en relación. También el pensamiento, “lo divino en nosotros” lo llama Aristóteles, ha de ser tratado sistemáticamente para no traicionar la unidad

del hombre. El pensamiento se ha invocado siempre para entender su singularidad. La fragilidad humana encuentra en él el recurso de donde saca fuerzas infinitas. La sociedad del conocimiento que nos toca vivir es buena prueba de su eficacia. El hombre es un junco, pero un junco que piensa. Con el soberbio atributo del pensamiento compensa con creces su fragilidad. Con su ayuda recorre, como el cazador, la inmensa llanura de la verdad, según la soberbia metáfora del Fedro de Platón, a la caza del secreto culto en cada cosa. Gracias al pensamiento el hombre está en el mundo de manera singular: habita el universo, pero no es un elemento ni una parte de él. Los teólogos lo llaman *scintilla Dei*, chispa divina, y Heidegger lamenta que lo más grave de su época grave, enzarzada en una cruenta guerra mundial, es la renuncia a ejercerlo. Racionalistas e idealistas exaltan su portentosa potencia, Vattimo y los posmodernos lo consideran débil. Las valoraciones cambian, pero nadie ha negado que sea un atributo por el que el hombre se eleva por encima de los demás seres de la tierra. El pensamiento descuella sobre otras propiedades del hombre sin desvincularse de ellas. Forma con todas un armonioso sistema de relaciones de interdependencia que redonda en beneficio de la integridad indivisible del hombre. Para activarse o ponerse en marcha, como punto de arranque de su actividad teórica, requiere el concurso de la sensibilidad. Los sentidos le procuran el material sensible que la inteligencia, por no ser orgánica, no se puede procurar. A partir de un comienzo humilde, a ras de suelo, alza el vuelo a alturas infinitas. El elogioso verso de Machado dirigido a Kant, “con la mano en la frente todo lo quiso pensar”, ilustra el poder de la inteligencia de abrirse cognoscitivamente a toda la realidad. Su andadura comienza por los sentidos, continúa con la abstracción u operación incoativa, sigue con las operaciones proscutivas: la generalizante y las explicitantes de concebir, juzgar y fundamentar. El larguísimo trecho es solo el primero del asombroso ascenso de la inteligencia en su afanosa búsqueda de la verdad. Al conocimiento operativo sigue el habitual. La sindéresis, el hábito de los primeros principios y el de sabiduría toman el relevo en la carrera sin fin del saber. Son luces iluminantes que iluminan la voluntad, los primeros principios reales, y el existir humano. Alumbran o bañan de resplandor misterios que sin ellos quedarían en perpetua penumbra y hunden su raíz en la transparencia del intelecto o núcleo del saber, que es la persona. El sucinto esbozo de teoría del conocimiento o epistemología ratifica la coherencia sistémica del ser humano. Todo en él está sabiamente entrelazado y aislar o excluir un solo elemento se paga con la pérdida de su entrañable naturaleza. La persona se hurta al método analítico de la nueva ideología y su ambición deconstructiva.

•El fáustico plan de rehacer la naturaleza humana se estrella, asimismo, contra la dimensión práctica del hombre. La inteligencia ejerce una función teórica cuando cultiva el saber por el saber y desempeña otra práctica cuando lo usa para hacer. Le atañe la teoría y el gobierno de la práctica. “A ciegas” es la expresión con que se designa el modo de conducirse sin conocimiento ni reflexión.



Conocimiento y acción son elementos del sistema humano que ponen en juego al hombre completo. El conocimiento no es posible sin la inteligencia; la acción productiva, la fabricación, la industria o el trabajo no lo son sin las manos. La inteligencia diseña el plan y las manos lo ejecutan. Los diseños de aquella quedarían para siempre en el territorio etéreo de las posibilidades sin la eficaz colaboración de éstas, y éstas se moverían como perdidas sin la dirección racional de aquella. Sin la inteligencia nada se fraguaría; sin las manos, no se haría nada. A una inteligencia despierta un abismo le sugiere un puente. Pero la inteligencia es solo la insinuación o inspiración. Es la feliz ocurrencia gracias a la cual una idea entra en el ánimo. Y en él se quedaría si unas manos laboriosas no la pusieran por obra. Sin horas de silencio y soledad consagradas al estudio, a la fatigosa gimnasia del pensamiento, la neurología no habría aclarado el enigma del sistema nervioso, ignoraríamos el mundo inaudito de las partículas elementales y Bach no habría compuesto las *Cellosuiten*; sin habilidad manual, que es la inteligencia trasladada a las manos, no se habrían dado los éxitos de la cirugía, careceríamos de aparatos electrónicos, y el eco en el tiempo de la eternidad, que suena en la música de Bach, seguiría en las cuerdas del violoncelo a la espera de unas manos que se lo arrancaran y nos lo hicieran oír. La veloz carrera del progreso tecnológico, del *microchip* al *pathfinder*, no se habría emprendido sin la colaboración del pensamiento y las manos. La unión de los dos posibilita la portentosa actividad humana. El hombre es *homo faber* o capaz de hacer por el concierto recíproco de todos sus factores. Es morfológica y vitalmente activo, está hecho para hacer, es trabajador.

El trabajo no es tampoco una pieza ajena o desvinculada del sistema humano, sino un rasgo del hombre que no se daría sin la acción concertada de los demás. Es posible por la inteligencia y las manos y se abre hacia arriba para enlazar con la ética. El trabajo es un serio asunto moral porque no es instintivo ni automático. No se dispara espontáneamente, con la necesidad de la conducta instintiva o la maquina inesorabilidad de un automatismo. Requiere organización, disponer lo preciso para llevarlo a cabo, y eso comporta la intervención de numerosos rasgos humanos. Los más decisivos son el lenguaje, la forma pura de técnica, y otras destrezas. La unión concertada de lenguaje y técnica da lugar al gobierno o dirección de otras personas, entre las que se establecen relaciones éticas fundamentales. Se dan instrucciones, se forma, se oye, se escucha, se discrimina la verdad de la mentira, se fortalece la cooperación, se practica la justicia distributiva. La ética se columbra entera en el mundo del trabajo. Por encima se alza hasta la región de los altos valores de la verdad y el bien, por abajo engarza con la biología tecnológica del ser humano. De nuevo vemos aparecer al hombre como el sistema que obliga a relacionar todo con todo para conocerlo. Dondequiera que miremos comprobaremos que los factores humanos, separados o sueltos, no tienen explicación. El hombre es unitario a priori. Cuerpo y espíritu manifiestan su interna unidad y ambos se alían para formar una unidad supraindividual con las instituciones.

- La familia, la institución humana natural, no es ajena a ella. Está en relación sistémica con los demás factores del hombre. La que mantiene con la larga duración del periodo infantil y el ritmo excepcionalmente lento del crecimiento es clara como la luz. El hombre nace prematuramente y precisa tiempo para compensar el precoz nacimiento. “Después de un año, escribe Adolf Portmann, el

niño alcanza el grado de desarrollo que, ateniéndose a la modalidad de su especie, debería haber realizado ya en el momento del nacimiento un nidífuga genuino. Por tanto, si el hombre alcanzara este estado ateniéndose a la propia modalidad de los mamíferos, el periodo de embarazo debería durar en los seres humanos aproximadamente un año más de lo que dura en realidad, es decir, debería tener la duración de unos 21 meses”. El hombre ha de alcanzar altas cotas antes de ser viable y precisa nacer prematuramente. Requiere un largo periodo de preparación para el aprendizaje y asimilación de la cultura anterior. Durante todo ese tiempo requiere, además de mucho amor, cuidados y alimentación. Para ello hacen falta brazos, pues con la boca se transporta muy poco alimento. La familia, asombrosamente, es posible por las manos. Más que un simple hecho, es una correlación de factores. El hombre es un ser familiar por naturaleza y, sin la familia, no es posible la historia, ni las tradiciones, ni las tipificaciones humanas, ni las formas sociales suprafamiliares. Todo lo humano está conectado en un sistema armonioso. Los rasgos del hombre se unen unos con otros, como eslabones de una irrompible cadena, sin fractura posible. Las manos y el espíritu se dan la mano. La morfología, el lenguaje, la familia, el trabajo, la inteligencia o la ética se reclaman mutuamente para conformar una unidad sin fisuras. Y la unidad continúa. El hombre es un ser social, simbólico, cultural y poético. Se organiza políticamente, emplea símbolos, cultiva y afina su naturaleza, embellece lo que toca de manera concertada con su constitución biológica y su altura espiritual.

“L’homme passe infiniment l’homme” (“el hombre supera infinitamente al hombre”). La sabia sentencia de Pascal es un oxímoron sólo en apariencia. Bien mirada es un elogio. Quiere recordar su densidad ontológica echada al olvido. Siglos después la ideología deconstructiva es víctima del mismo extravío. Cree que la naturaleza humana es pura exterioridad sin venerable espacio interior. “Somos máquinas de supervivencia, dice el popular biólogo de Oxford Richard Dawkins, programadas ciegamente para la conservación de las moléculas egoístas llamadas genes”. Tal rebaja del ser humano a máquina es la apoteosis de la nueva ingeniería. Pero es una apoteosis ingenua y olvidadiza. Se apoya en una metáfora, tropo imprescindible en poesía pero desorientador en ciencia, y en el olvido de la unidad radical del hombre. Decir que los genes son egoístas es una alegoría que incurre en antropomorfismo; reducir el ser del hombre a la fórmula química de su ADN, por lo demás casi idéntica a la del cerdo, significa contentarse con poco. La coherencia sistémica de lo humano desautoriza el reduccionismo y la consiguiente ingeniería deconstructiva.

- La ética hace lo mismo desde otro punto de vista: el respeto a la dignidad de las personas. “Ética” es uno de esos términos proteicos cuyo sentido han emborronado un uso descuidado y un abuso desmedido. Normalmente se ve como un conjunto de reglas. El normativismo en boga la reduce a unas normas a las que, por fuerza, se han de ajustar las acciones. Andar por la vida, como circular por una autovía, obliga a observar ciertos códigos para evitar colisiones. El código de la vida se llama ética, el carril de la acción, y se presenta como fuero exterior al hombre que éste ha de acatar sin saber por qué. El rechazo que a veces provoca se debe a esta manera incompleta de verla. La ética integral no son sólo normas, sino

también virtudes y bienes, y hunde sus raíces en la vida del hombre. “Es la dimensión intrínseca del ser humano dinámicamente considerado”. El hombre es un ser activo y llamado a la acción por la estrecha conexión de su pensamiento con su organismo. Está destinado a hacer y hecho para trabajar. Hace su propio mundo modificando el entorno y gobierna su existencia esforzadamente. Su vida no le está dada sin más ni la tiene resuelta de antemano. Ha de encauzarla activamente para que no sea un fracaso. Un planeta tiene marcado el rumbo de su uniforme viajar por la vastedad del cosmos: le basta seguir su órbita para no extraviarse. Al animal le ocurre algo parecido. Las leyes de su especie, fijas como las órbitas, lo guían sin error por las peripecias -comer, beber, perpetuarse- de la existencia. A ambos le es suficiente con dejarse llevar. No son así las cosas para el hombre. El tiene su existencia a su cargo y su vida está en sus manos. Su más alta tarea es gobernarla para que no sea un naufragio. Lehre des gelingenden Lebens (teoría de la vida lograda) llama Robert Spaemann a la ética. Pero las leyes del hombre para orientar su existencia tienen esta peculiaridad: no se cumplen de suyo. Son leyes de un ser libre para ser libre. El hombre es el único ser de este mundo sujeto a esa legalidad. Sólo él es un sujeto ético. Puede obrar movido por lo debido, vivir en el tiempo sustrayéndose a su influjo, perfeccionarse, crecer y obrar sabiendo que hay límites.

Ética significa conciencia de que existen y de que algunos no se pueden traspasar: repugnancia a saltárselos por conveniencia o por interés. Es repugnante traicionar a un amigo, como propuso Ulises a Neoptólemo, anteponer el bien propio al de los hijos o entregar, como Pilatos, a un inocente a la muerte y lavarse las manos. Enormidades así señalan barreras que el discernimiento ético impide traspasar. Saltarse una cualquiera significa hacer burla de la moral; franquear la venerable de la persona supone escarnecerla. El ser personal marca el límite de la acción por su eminencia en la escala de la realidad. Ser persona es el hallazgo, entre los muchos logrados por la antropología, que permite vislumbrar el abisal enigma del hombre. Los demás son cruciales para comprender su sin par morfología, su dimensión histórica, social y cultural y la índole trenzada de emociones y lógica de su psicología. Proporcionan caracteres esenciales, empíricos y uniformes del hombre en general. Pero el hombre concreto, de carne y hueso, trémulo de tristezas y alegrías, con sed de felicidad, es cada uno, alguien singular, un destino único, un yo irreplicable, un sol en el firmamento de la existencia que ningún otro reemplaza cuando deja de alumbrar. Ese astro sin par, llamado a recorrer la senda exclusiva de su biografía, se ha denominado, desde los griegos, persona: el ser de cada quien. La persona es un fin en sí mismo, alguien depositario de un valor no venal, ajeno a las compraventas y los intercambios que se llama dignidad. *Die Menschenwürde ist unantastbar* (la dignidad humana es inviolable) es la solemne declaración que aparece en el frontispicio de la Constitución alemana. Es la formulación de un imperativo ético: el respeto tajante e incondicional que se debe tributar a las personas. El ser personal marca la frontera que la ideología deconstructiva no puede traspasar. Lo impide la coherencia de su naturaleza sistémica y lo prohíbe el precepto de la ética altruista que declara improfanable su dignidad.

Referencias

- Aristóteles. (1970). *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- Dawkins, R. (1998). *El gen egoísta*. Barcelona: Salvat Ciencia.
- Descartes, R. (1982). *Discours de la méthode*. AT VI.
- Gorthe, J. W. (1986). *Faust*. München: C. H. Beck
- Holderlin, F. (2005). *De libre plenitude. Antología griega*. Málaga: Narila.
- Musil, R. (1999). *Der Mann, ohne Eigenschaften*. Bonn: Rowohlt Verlag.
- Platón. (1982-1992). *Diálogos*. Madrid: Gredos.
- Polo, L. (1991). *Quién es el hombre. Un espíritu en el mundo*. Madrid: s.n.
- Polo, L. (2010). *Antropología trascendental*. Pamplona: s.n.
- Polo, L. (2013). *Lecciones de ética*. Pamplona: s.n.
- Portmann, R. (1982). *Moralische Grundbegriffe*. München: C. H. Beck.
- Vattimo, G. (1983). *Il pensiero debole*. Torino: s.n.